

Orígenes de la localización de la tumba de David en el Santo Cenáculo

Hace ya varios lustros, desde el año 1937, que tuve el honor y la alegría de conocer personalmente al gran escriturista P. Andrés Fernández, S. J. Fue en la misma Jerusalén, en el Instituto Bíblico Pontificio del que el P. Fernández era como el alma; allí pude contemplar la noble figura del P. Fernández, su mirada alta, su expresión apacible y seria, y con el atuendo de la barba apuntada que entonces llevaba, parecía, en verdad, una auténtica figura salida de un lienzo del Greco. Allí, el P. Fernández me habló de las excavaciones y campañas arqueológicas emprendidas en Jericó, me enseñó el pequeño museo bíblico del Instituto Bíblico de Jerusalén, y en todo se admiraba la colmada vocación del gran escriturista que ya llevaba varios años en Tierra Santa, siempre en querencia de la solución de sus problemas, singularmente geográficos, en torno al sagrado texto. Hoy, al ofrecerse al P. Fernández un volumen de Homenaje en ocasión de su 90 aniversario, me honro aportando este pequeño grano de arena a la gran obra emprendida en su honor.

Es curioso el cambio que ha experimentado el edificio del Santo Cenáculo en estos últimos años. En nuestras primeras visitas, en el año 1937 y 1938, estando el edificio en poder de los musulmanes, éstos no toleraban la entrada en el mismo a los cristianos y, por supuesto, tampoco a los judíos. Sólo pagando un *bakshis* dejaban visitar el piso alto, o sea, la magnífica sala gótica reconstruida por los frailes Franciscanos, a partir del año 1343, gracias a la munificencia del rey de Sicilia, Roberto de Anjou y de su esposa Sancha de Aragón, sala que correspondía, en rigor, al Cenáculo, a la sala donde tuvo lugar la última Cena de Jesús. Pero los musulmanes en modo alguno dejaban ver otra cosa, ni el piso inferior en el cual la tradición más antigua localizaba la ceremonia del Lavatorio de los pies, y que ellos, los musulmanes, al expulsar del edificio del Cenáculo a los religiosos Franciscanos, en virtud del firmán de Solimán (de 3 de octubre de 1545,

ratificado luego por otro firmán de 2 de junio de 1551), rehicieron modificando la parte oriental de esta sala baja, como aún puede verse en sus arcadas, mientras que en la otra parte de la sala baja, formando un compartimento más pequeño, habían colocado en su centro un grosero sarcófago, recubierto de tapices, y que según ellos representaba el sepulcro del rey David. Precisamente éste fue el motivo externo o título para que los musulmanes se apoderaran del edificio del Santo Cenáculo, y expulsaran del mismo a sus custodios, los frailes Franciscanos. De modo que a un límite muy precario había llegado entonces la visita del Cenáculo por los cristianos.

En cambio, en mi última estancia en Jerusalén, en el año 1953, las cosas habían cambiado radicalmente. Después de la guerra arábigo-israelí, el edificio del Cenáculo había quedado en manos de los israelíes, casi en la línea fronteriza que sigue a todo lo largo de los altos del llamado Monte Sión; el Gobierno israelí ha cambiado en gran modo el régimen y situación jurídico-religiosa de dicho santo Lugar: dejó celebrar sus oficios, alguna vez, a la Iglesia Católica en el piso alto del Cenáculo, pero se reservó la sala baja, ratificando y exornando en gran manera la tradición de que allí había la tumba del santo Rey David. Y como quiera que el edificio del Cenáculo se encuentra casi en la línea fronteriza con la Jerusalén incluida en el reino de Jordania, se abrió una gran entrada por la parte O. de dicha sala baja, mirando hacia la Jerusalén israelí. Como dijimos, aquella sala baja se ha remozado grandemente, allí aparecen los signos de la realeza de David, cuyo reinado señala la máxima expansión de Israel; allí se pueden admirar los símbolos de la realeza davídica, la corona, el cetro; se ha ampliado y decorado la antigua sala, de modo que se ofrece como un santuario recordatorio davídico. Y hay que subrayar que los habitantes israelíes de Jerusalén y de todo Israel son muy sensibles al prestigio de este centro de atracción piadosa o religiosa, que es el lugar de la supuesta tumba de David. Siempre recordaré las largas filas de gente, procedente del barrio contiguo de Rehabia y de Talbie, que en los días de fiesta se dirigían alegremente, con toda devoción, a visitar el lugar de la sepultura de David, el cual podría considerarse como actuando de centro de atracción religiosa y también nacional o política.

Pero a nosotros nos interesa ventilar los fundamentos de esta localización de la tumba de David, precisamente en los bajos del edificio del Santo Cenáculo. Desde luego que la Jerusalén o fortaleza de Sión conquistada por David a los jebuseos después de dura lucha¹, la cual fue llamada desde entonces con el nombre de «Ciudad de David», no se corresponde en modo alguno con la parte de la actual ciudad formada por el llamado monte Sión, al extremo O. de Jerusalén. La fortaleza jebusea conquistada por David, en la que éste hizo diversas

¹ II Samuel, 5, vv. 6-10.

construcciones, desde Millo hacia el interior del recinto, era un pequeño pero muy estratégico núcleo urbano, asentado por una parte, al E., sobre las rápidas escarpas que dominan el valle del Cedrón, y al O., sobre el tozal o repliegue montañoso que vierte por el O. hacia el pequeño valle del Tiropeón. De modo que era una pequeña parte de la actual ciudad, y aun de la ciudad en tiempos de Herodes y de los romanos.

Pero la fortaleza de Sión era como una hita fuerte o risco (*šion*) que vigilaba los caminos que por el Cedrón y el monte de Getsemaní iban hacia el Este, así como podía vigilar la ruta que no lejos de allí se encaminaba según la dirección S. a N. Que el palacio o Casa de David estaba emplazado dentro de esta pequeña «Ciudad de David», situada precisamente entre los dos valles del Cedrón y del Tiropeón, parece cosa obvia y puede desprenderse de algún relato bíblico, como el del pecado de David con Betsabec, la mujer de Urías, la cual fue vista por el rey David desde la terraza de su palacio cuando ella estaba lavándose o purificándose, al parecer, en un venero o manantial de aguas, como el de 'Ayn Roguel o algún otro en la parte baja de la ciudad u Ophel². Además, antiguas tradiciones han localizado la tumba de David situada dentro de la ciudad de su nombre³, cabe el muro O. de esta vieja ciudad de Sión, el muro que miraba hacia el valle del Tiropeón. Por cierto, que las ruinas de los monumentos conocidos por «tumbas de David» o «tumbas de los Reyes» se han excavado en los últimos años y han aparecido restos en el sitio citado anteriormente⁴.

Claro está que Jerusalén iría creciendo, como capital del reino de Judá, y que poco a poco iría escalando los flancos y terrazas del monte hacia el Oeste, o sea, el actualmente llamado Monte Sión. Sobre todo con los Hasmonéos la ciudad se desplegaría hacia el O. Sabemos que Simón Macabeo destruyó la fortaleza Acra que había levantado, en el año 168, Antíoco Epifanes, la cual dominaba el Templo, y por esto la destruyó Simón, y en su lugar construyó otra ciudadela, al mismo tiempo que el muro de la ciudad se ensanchaba hacia el Norte y Oeste. Pero sobre todo fue el intruso Herodes el Grande el que dotó a Jerusalén de nuevas y grandes construcciones, según el gusto y estilo de las ciudades helenístico-romanas, y debemos anotar que él mandó edificar sobre el llamado Monte Sión, o sea, al O. de Jerusalén, un palacio-fortaleza, flanqueado de tres torres, en el cual habitó él

² II Samuel, II, vv. 2 y sigs.

³ I Reyes, 2, v. 10.

⁴ Sólo registrando los problemas arqueológicos que envuelven a esos monumentos, hay que indicar que últimamente se han verificado diferentes catas en ellos. Véase ZEV VILNAY, *Madrik. Eres Israel (Jerušalaym, Jēhuda, Some-ron)*, 1942, pp. 88-89.

mismo y luego su hijo Herodes Antipas⁵. No lejos de este palacio de Herodes, en la misma colina occidental, llamada después Monte Sión, estaba la casa del rico Pontífice Anás, y a donde sería conducido Jesús en la noche de su Pasión. Y un poco más al sur estaba precisamente la casa, dotada de planta y piso alto, que sirvió de Cenáculo. Los cristianos, según nos informan los *Hechos de los Apóstoles*⁶ se reunieron preferentemente en este inmueble del Cenáculo, que vino a ser la primera iglesia de la Cristiandad, y, al parecer, vivían también de preferencia en este barrio occidental de Jerusalén, el cual no padeció mucho durante la guerra de Tito y Vespasiano. Y precisamente parece que fueron los cristianos, ya en época bizantina, los que empezaron a asociar algunos de los monumentos de este barrio occidental con el rey David. De modo que el antiguo palacio-fortaleza de Herodes ya fue conocido por Torre de David, y el Obispo armenio Sepeos nos dice que los persas de Cosroes ocuparon la Torre de David en el año 614⁷, mientras que el documento árabe del monje de San Sabas, prisionero de los persas, nos informa que había en esta fortaleza un oratorio cristiano, un «*mihrab*» dedicado al Profeta y Rey David⁸.

Es, pues, innegable que a finales del período bizantino los cristianos habían aplicado a la colina más occidental de Jerusalén, lugar que les era particularmente querido, una toponimia davídica: Torre de David a la fortaleza de Herodes, en la cual habría, además, un edículo o santuario dedicado al culto o memoria del santo Rey David. Y es probable que con la serie de avatares y destrucciones por las que hubo de pasar la Ciudad Santa, desde la destrucción del Templo hasta el saqueo de Cosroes, se fueran borrando las trazas de la toponimia tradicional, y entre los cristianos, de tan antiguo arraigo en la colina más occidental de Jerusalén, nació la idea de crearla asociada con David: ella, dicha colina, sería el auténtico Monte o lugar de Sión, ella correspondería a la antigua «Ciudad de David», de modo que en un sentido favorable a tal idea interpretaron los pasajes históricos de la Biblia, por ejemplo, el de Nehemías, 3, 15: «(Sal-lun)... reparó el muro de la alberca de Siloé, junto al huerto del Rey, hasta la gradería por la que se baja de la ciudad de David». Claro está que, localizado hoy día con seguridad el emplazamiento de dicho Huerto del Rey, bastante más bajo que la auténtica «Ciudad de David», no hay que localizar a ésta de ningún modo en los altos de la colina más occi-

⁵ Ocupa el lugar más alto del llamado Monte Sión, y luego fue conocido por Torre de David.

⁶ Cap. I, v. 13.

⁷ Cf. la *Nueva Guía de Tierra Santa* del P. BERNABÉ MEISTERMANN, O. F. M., Barcelona, 1908, p. 132, si bien hay que subrayar que el P. Meistermann aun cree que la antigua «Ciudad de David» estaba en este Monte Sión, al O. de Jerusalén, y esto —hoy ya no admitido— abonaría la tesis del emplazamiento de la tumba de David allí.

⁸ CLERMONT GANNEAU, *Recherches d'Archeologie orientale*, II, p. 160.

dental, llamada luego con el nombre de Monte Sión. A continuación nos dice el mismo texto de Nehemías (vers. 16) que Nehemías restauró la parte que se enfrentaba con las tumbas de David, hasta «la alberca construida⁹ y hasta la casa de los héroes». De modo que la tumba de David y de los reyes que le sucedieron no distaba de la alberca de Siloé, que anteriormente había reparado o reconstruido Sal-lun (vers. 15), ni de la casa de los héroes. Precisamente en los últimos años se han excavado estas antiguas tumbas de los reyes de Judá.

Y creyendo que la Ciudad de David se extendía hasta dicha colina llamada Monte Sión, también se propagaría luego la creencia de que la tumba de David, la cual, según nos dice el Libro de Reyes 1, 10: «Durmióse David con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David», tenía que estar también en las alturas de la supuesta ciudad de David, en los altos del llamado Monte de Sión. O sea que se verificó una verdadera dislocación de la topografía tradicional, lo cual sólo se explica por las convulsiones por las que pasó la Ciudad Santa y por el designio de prestigiar con la gloria del rey David los altos de dicha colina occidental, llamada ya Monte Sión, y que contaba nada menos que con la Torre de David y un edículo en su interior a honor del Rey santo. De modo que se olvidó y trastocó toda una tradición veneranda que arranca en la misma Biblia y llega a Flavio Josefo: éste nos dice¹⁰ que Juan Hircano, actuando como pontífice y como rey, penetró en el sepulcro de los reyes, en busca de tesoros a fin de librar a Jerusalén del sitio que le había puesto Antíoco. Más tarde, la tumba de David fue profanada por Herodes el Grande, pero para reparar de algún modo este sacrílego atentado que tanto había irritado al pueblo, mandó construir un magnífico monumento de piedra blanca a la entrada del sepulcro de David¹¹. En el mismo discurso del Príncipe de los Apóstoles, Pedro, acompañado de los once apóstoles, y dirigido al pueblo de Jerusalén, se hace eco del sepulcro del Patriarca David «el cual subsiste hasta el día de hoy entre nosotros»¹².

Pero esta tradición se fue alterando con el tiempo, y con la con-

⁹ O sea, la alberca de Siloé, la cual, como se ha dicho antes, en el vers. anterior, fue reconstruida por Sal-lun. Cf. la obra del P. H. VINCENT, O. P., *Jerusalem de l'Ancient Testament*, Paris 1953, y J. SIMONS, *Jerusalem and the Old Testament*, London 1952. Cf. L. H. VINCENT, *Site primitif de Jerusalem*, en «Revue Biblique», LXV, n.º 2 (1958), pp. 161-80; Z. VILNAY, op. cit., pp. 88-89 y 98-99; MACHAEL AVI-JONA, SHEMUEL JEIVIN, *Qadmoniyot aršenu* (Tell Aviv, 1955), pp. 286-288; R. WEILL, *La cité de David* (Paris, 1947); R. NORTH, *Geographia exegetica* (Roma, 1955), p. 48 («Zahūra» y «Sion»). Y véase la *Enc. Miqraït*, «Jerusalem».

¹⁰ *Antiquitat. Jüdaic.*, VII, XV, 3; XIII, VIII, 4.

¹¹ *Antiquit. Jüdaic.*, VII, XV, 3; XVI, VII, 1.

¹² *Hechos de los Apóstoles*, 2, v. 29.

fusión, fruto de los saqueos producidos a lo largo de los siete primeros siglos de la Era cristiana, junto con el anhelo de prestigiar con el nombre de David la colina occidental llamada después Monte Sión, iría tomando cuerpo la idea de que la antigua «Ciudad de David» estaba en los altos del llamado Monte Sión, y de que la tumba del rey David se encontraba en los bajos de alguno de los célebres monumentos que se escalonaban en la cima de la colina Monte Sión. Ya vimos cómo en pleno siglo VII se nos informe que en la llamada Torre de David —el antiguo palacio-fortaleza de Herodes— había un edículo dedicado al rey David. Pues bien, esta tradición espúrea se iría formando y tomando cuerpo a lo largo de los años, y el autor en el que aparece por vez primera es el célebre viajero judaicoespañol Benjamín de Tudela, el cual localiza nada menos la tumba de David en los bajos del edificio del Cenáculo.

Pero hay que decir que, siguiendo todas las informaciones que tenemos de visitantes y peregrinos anteriores, no hay ni el más pequeño asomo y resquicio de tal legendaria tradición en favor de la localización de la tumba de David en el Cenáculo. Según nos dicen los más antiguos testimonios: S. Epifanio (307-403), S. Cirilo de Jerusalén (350), en el Cenáculo hubo muy pronto una iglesia, pequeña aún en tiempo de la guerra de Adriano (135), pero que ya ofrecía dos salas, la superior correspondiente al Cenáculo. Luego, con la libertad de la Iglesia, se levantó allí una gran iglesia, la cual habría de sufrir luego con las invasiones de los persas y aun de los sarracenos en tiempos del califa loco Hakem. Pero los Cruzados la reedificaron guardando su antigua estructura y proporciones: el primer piso correspondía al lugar de la Santa Cena y el piso bajo al del Lavatorio. Juan de Wurzburg (1165) nos dice que en su tiempo el Cenáculo conservaba la misma antigua forma. Pero he aquí que casi en el mismo tiempo tenemos el relato del viajero judaicoespañol Benjamín de Tudela que ya nos trasmite la tradición legendaria de la tumba de David en el Cenáculo.

He aquí el pasaje en cuestión, que hemos tomado de la traducción crítica de nuestro amigo el Prof. J. González Llubera¹³, quien tuvo en cuenta las ediciones del Viaje de Benjamín de Tudela, hechas por M. Asher (Londres, 1840) M. N. Adler (Londres, 1907):

«En monte Sión se encuentran las tumbas de la casa de David y las de los reyes que le sucedieron; pero ya no se reconoce este lugar; pues hace quince años se cayó un muro de la iglesia que está en monte Sión y entonces ordenó el Patriarca al inspector que reedificase aquella iglesia y le dijo: «Toma las piedras de las murallas viejas y reconstruye con ellas la iglesia». Así lo hizo. Alquiló albañiles a jornal fijo, en número de veinte, los cuales arrancaban las piedras de los cimientos de la muralla de Sión. Ahora bien,

¹³ Cf. su obra: *Viajes de Benjamín de Tudela (1160-1173), por primera vez traducidos al castellano, con introducción, aparato crítico, anotaciones y tres mapas*, pp. 73-75, Madrid, 1918.

entre ellos había dos hombres unidos por la más íntima amistad: un día uno de ellos convidó al otro; después de la comida se fueron a su trabajo. Les dijo el capataz: «¿Por qué os habéis retrasado hoy en venir?». Respondieron: «¿Qué te importa? Cuando se vayan a comer nuestros compañeros seguiremos nuestro trabajo». Llegada la hora, mientras sus compañeros comían, ellos arrancaban piedras; al levantar una se encontraron con la boca de una cueva, y dijo el uno al otro: «Vamos a ver si hay algún dinero». Iban andando por la entrada de la cueva, cuando dieron con un gran palacio, edificado sobre columnas de mármol, cubierto de oro y plata. Enfrente había una mesa de oro, y el cetro y la corona; allí precisamente estaba la tumba del rey David; a su izquierda la del rey Salomón, de la misma manera, y así sucesivamente las de todos los reyes de Judá enterrados allí, encontrándose asimismo unos cofres cerrados, de cuyo contenido nadie tiene noción alguna. Cuando estos dos hombres intentaron penetrar en el palacio, he aquí que un viento impetuoso que venía de la boca de la cueva los sacudió de tal manera que cayeron al suelo como muertos, y así estuvieron hasta la tarde, cuando otro viento sobrevino, gritando con voz igual a la de un hombre: «Levantaos y salid de aquí». Salieron, pues, de allí asombrados y presurosos, fueron al Patriarca y le contaron estas cosas. El Patriarca mandó traer a su presencia a R. Abraham Hasid, oriundo de Constantinopla, que es de los que llevan luto por la destrucción de Jerusalén, y le contó todas estas cosas, según el relato de aquellos dos hombres, que de allí llegaron. Le contestó R. Abraham, diciéndole: «Seguramente que aquellas son las tumbas de la casa de David y de los reyes de Judá: mañana iremos tú y yo y estos hombres, y veremos qué es lo que hay allí». Al día siguiente mandaron buscar aquellos hombres y los encontraron cada uno en su cama, llenos de temor, diciendo: «No volveremos a entrar allí, puesto que no es voluntad de Dios mostrarlo a ningún hombre». Entonces ordenó el Patriarca tapiar aquel lugar, para ocultarlo a todo el mundo, lo que continúa hasta el día de hoy. Estas cosas me las contó el mismo R. Abraham Hasid».

Verdaderamente la impresión que nos deja este relato del viajero Benjamín de Tudela es de ser una información completamente legendaria, hija de una imaginación oriental exaltada, semejantemente a muchas narraciones de las *Mil y una noches*. Lo que no se puede admitir es que sea una patraña inventada por el propio Benjamín de Tudela, como algunos pensarían. La versión la recibiría el gan viajero judaico español de los medios hebraicos jerosolimitanos: el mismo R. Abraham Hasid, constantinopolitano como era, lo narró a Benjamín de Tudela, y él mismo, en su relato, se presenta como el que sugirió al Patriarca cristiano, que las maravillas encontradas por los dos obreros, corresponderían a las tumbas de David y de los Reyes.

Se advierte cómo a lo largo de los años habían proliferado entre la reducida colonia hebraica de Jerusalén las tradiciones que relacionaban, incluso entre los cristianos, el Monte Sión con David: la misma denominación está transfiriendo a la colina más occidental de Jerusalén el prestigio de la antigua Sión y de la Ciudad de David; el nombre de Torre de David dada a la fortaleza-palacio de Herodes el Grande; la existencia allí en el siglo VII de un edículo o *mihrab*

dedicado al Rey Profeta David; todo ello cristalizaría luego creyendo que si aquel paraje correspondía a la antigua Sión y a la ciudad de David, allí había de existir la tumba de este Rey y aun de sus sucesores, según nos advertían los pasajes bíblicos que ya registramos. Y esta tumba tenía que existir nada menos que en los bajos de la prestigiosa iglesia del Cenáculo, recién reconstruida por los Cruzados y llamada con el nombre de Santa María del Monte Sión.

Esta tradición de la existencia de la tumba de David en los bajos del edificio del Cenáculo fue muy bien recibida por los musulmanes, y como ellos se creen los auténticos beneficiarios de los Patriarcas y Profetas, se sirvieron de tal argumento para apoderarse del edificio, que había sido reedificado, a mediados del siglo XIV, gracias a la munificencia de los reyes de Sicilia Roberto de Anjou y Sancha de Aragón. De manera que por firmán, expedido en 28 de marzo de 1523 por el sultán Solimán el Magnífico, se expulsó a los Frailes Menores de la custodia del Cenáculo, si bien gracias a los buenos oficios del embajador de Francisco I, rey de Francia, los cristianos pudieron conservar aún una parte del edificio que daba a la cámara alta o sala del Cenáculo. Pero por posteriores firmanes del sultán, de los años 1545 y 1551, se expulsó del todo a los Frailes Menores respecto del Cenáculo.

Entre aquellas dos fechas extremas hay que situar la visita a Jerusalén del celebre David Reubení, el cual en su viaje¹⁴ nos ha dejado unas sobrias noticias acerca de nuestra cuestión. Nos dice que después de haber subido al Monte de los Olivos subió también al Monte Sión y visitó uno de aquellos templos sitos en el Monte: «la parte superior del templo está en poder de los cristianos, y en poder de los ismaelitas la parte inferior. Los ismaelitas me abrieron esta parte inferior y me mostraron la forma de un sepulcro y me dijeron: Es el sepulcro del rey David —sobre él la paz—; oré allí y luego salí. Los cristianos también me abrieron la iglesia superior; entré en ella y también oré allí».

Evidentemente este edificio visitado por David Reubení corresponde al Cenáculo en el intervalo de tiempo antes de la definitiva y total expulsión de los Frailes Menores. Habían de transcurrir unos cuatro siglos hasta que, por la solución de la última guerra arábigo-israelí, cambiaría absolutamente el régimen del Santo Lugar, pero para reforzarse aún la leyenda de la localización de la tumba de David en los bajos del mismo.

JOSÉ M.^a MILLÁS VALLICROSA

Universidad de Barcelona.

¹⁴ Edic. de A. Neubauer. *Mediaeval Jewish Chronicles* (Oxford, 1895), vol. II, p. 146.